

REFLEXIÓN HISPÁNICA SOBRE LA DEMOCRACIA DESDE UNA NOOLOGÍA POLÍTICA

Por MANUEL LIZCANO

EL MARCO DE REFERENCIA ZUBIRIANO PARA UNA NOOLOGÍA POLÍTICA

A los efectos de nuestra reflexión considero clave, como sociólogo de la cultura, la valoración fundamental que concede Xavier Zubiri al concepto y las relaciones de comunalidad respecto de los vínculos de sociedad. Aclaremos, antes de seguir adelante, que este ponernos a distancia, por ejemplo, del más inmediato presente al cual estamos atendidos como hombres de nuestra época (sin escape posible), no significa evadirnos de nada real y concreto sino todo lo contrario. Lo que hacemos ahora es justo empezar a considerar lo real con todas sus consecuencias. Porque no hay hecho o acontecimiento que no albergue en su interior el fundamento que lo caracteriza como tal hecho real que nos está presente.

Lo que hacen las corrientes de opinión es dar vueltas a esa misma situación objetiva para tratar cada cual de situarse donde elige, dentro del campo de posibilidades dado. En cambio, lo propio del filósofo (y eventualmente, en cierto modo, de quien se atiene a una normativa moral, o a un código ideológico de conducta) será ir derecho racionalmente hasta el fondo de esa realidad, para dar con su fundamento. De manera que, tras haberse puesto críticamente a distancia de lo que en apariencia o a primera vista ocurre, esté ya en condiciones de saber mejor en qué se funda, bien para tomar su parte en el juego, o bien para oponerse a él de modo

creador. Pero no porque le interese egoístamente, sino porque así lo entiende, y decide libremente hacerlo, tras haber procurado ir sin prejuicios a la raíz o el "corazón" de las cosas.

Y es aquí donde el noólogo, el investigador sistemático de la inteligencia, del *nous*, en todo su alcance, da un paso más que el filósofo racional, un paso análogo al que en otros tiempos daba el metafísico. Pues el fundamento que el noólogo trata de atrapar tras el mero aparecer no va a ser ya el simple fundamento racional, el accesible al *logos*, a la lógica, la causalidad o el juicio ético. Lo que él busca y construye es la radicalidad última y total de ese fundamento que está en las cosas y a la vez nos funda. Operación de búsqueda del fundamento que presenta dos fases. Para empezar, en efecto, pasa allende todo lo que el simple *logos* es capaz de explicar. Pero después, lo que este "pasar allende" se propone capturar, aprehender, no va a ser ningún fundamento abstracto, especulativo y externo (cuando no meramente vacío), tal como hacía el metafísico con su "ser" y su entificación de la realidad. Lo que hace el noólogo es investigar este "*allende* lo nada más que real", en profundidad. Es decir, no hacia fuera sino hacia dentro de las cosas mismas.

De este modo, lo que científicamente por un lado, pero también "experiencialmente", en experiencia íntima, por otro, logremos desvelar al fondo de un hecho como "nuestro tiempo", por ejemplo, tendría que ser, ante todo, aquello en lo que éste se funda como tal acontecimiento empírico, formal, material, vital y cuantificable, en el que vivimos inmersos mientras transcurre. Pero enseguida ese mismo fundamento se nos sitúa más lejos, en un nuevo horizonte de interpretación más compleja. En un horizonte cuya investigación, por lo pronto, corre ya a cargo del *nous*, de nuestra inteligencia o mente integral, abarcadora de toda totalidad o actualidad sustantiva que se nos esté haciendo presente (incluida la realidad del universo) allende el *logos* y el mero sentir. Pero a cuyo fondo sólo seguimos teniendo acceso desde el fondo de las cosas reales mismas.

Pues bien, lo que semejante operación mental ha implicado, de parte del *nous*, es ponernos ante el hecho real que percibíamos, no en su presunto "estado puro", previo a toda valoración o interpretación, sino precisamente en tanto que esclarecido por nuestro sueño actualizador, por el *ideal* con que, a partir del mero hecho de actualizarlo, estamos ya soñando hacerle dar de sí, en la forma que sea (científica, sapiencial, artística, religiosa o políticamente). Proponiéndonos de modo primordial y preconsciente que venga a sumarse, como un capítulo más, en ese cúmulo de "la"

realidad que no cesamos, constitutivamente, de estar haciendo incesantemente nueva. Dado que el hombre, según Zubiri, no está siendo “animal de realidades” más que en la medida en que es a la vez “animal de ideales”. Y se sabe capaz así de transfundir o transmutar las formas de actualidad en las que está existiendo, transactualizando aquello mismo que intelectual y experiencialmente actualiza: lo real en lo irreal, lo material en lo inmaterial, el lenguaje en lo indecible, etc.

Porque en última instancia, nuestra inteligencia *sentiente* (de las cosas) no se queda quieta sino sumamente inquieta cuando finaliza su análisis de cuanto hay de racional y de ideal en este hecho de “la crisis de la globalización”, en el cual nos encontramos atrapados y zarandeados desde que se inició, (apenas hace un decenio, al acabar la “guerra fría”) el estadio de la “globalización” misma. De pronto, todos nuestros graves problemas han quedado referidos a este problema de fondo: que nuestro tiempo no se quede bloqueado sin escape posible en el cúmulo inédito de contradicciones en que estamos inmersos. Un escenario histórico de apariencia terminal muy clara, en el que no resulta tan frívolo ni la parálisis de nuestros escépticos, ni el fin de fiesta en el que ya todo vale para nuestros cínicos y nihilistas.

Noológicamente vista tal situación, no queda más alternativa a quien se sabe libre que la de seguir marchando (cómo hacerlo lo mejor posible, ya es otra cuestión) hacia el fondo último y radical de donde estamos. Hacia lo *mejor del hombre* que tenía aún por construir nuestra especie, en términos de actualidad total del “hecho antrópico”. Hacia ese *fondo del hombre* que nos posibilita siempre volver a nacer desde la brecha sin fondo de sus catástrofes de civilización. Hacia lo que nuestros escépticos, pragmáticos y “realistas” ven siempre, sin saber lo que dicen, como el despropósito de la “utopía”.

Pues lo que ésta en realidad está siendo es el perenne *u-topos* que caracteriza constitutivamente a la especie humana como algo más que un simple animal racional. Aquella universal y “multiversal” sociedad de sociedades, en la cual la única ley haya pasado a ser el reconocimiento o la acogida recíprocos entre los libres, la sobrehumanación terminal, siempre en régimen de ensayo, de nuestra mutación como especie en el acontecimiento global de la evolución terrestre de la vida (a algo semejante es a lo que, según pienso, llamaba Zubiri la “religación” del hombre). Nuestro final de civilización, en una palabra, en el que sacamos de los “redaños del alma” colectivos el coraje de vivir creadoramente lo que aún nos falta para

ser propiamente humanos, y si no ella misma se extingue como tantas otras civilizaciones puestas en nuestro mismo trance.

Es cierto que la mentalización de rebaño manipulable a todo lo ancho del planeta, compulsivamente gregarizadora, consumista y maquinal, opulenta para los pocos y exterminadora para los más que ahora resulta que sobran, nos aboca a todas horas a admitir que no queda más remedio que seguir en masa a la zaga del día a día que nos tiene encadenados (porque así lo queremos). Es ingente el número de los muchos (y de los muchos entre la elite) que piensan en lo irremediable de este modelo de vida como un mercado, con todas las consecuencias.

Sin embargo, de Zubiri nos importa retener en este punto dos vías de conocimiento. Una, la ya señalada importancia prioritaria que tiene el hecho, bien real y fundante, de la comunalidad humana sobre las relaciones de poder que estructuran la sociedad política. Otra, que todas las operaciones de la inteligencia, una vez puesta ésta a distancia crítica, verdaderamente pensante, de los hechos mostrencos, consiste en averiguar el fundamento que está fundando tales hechos o acontecimientos, para servir de modo activo a que ese mismo fundamento del que somos hijos crezca, hasta dar de sí cuanto aún su campo de posibilidades guarda inédito.

Nuestra condición histórica radica en este hecho de que un cierto fundamento, que por lo demás escogemos a nuestra elección, es lo que funda a cada vida humana, tanto como a cada pueblo tal como lo escenificamos (*libremente*, optativamente) en la época de generaciones que somos capaces de abarcar. Y aunque todo pueblo tiene derecho a existir en paz, a la evolución global de la especie humana le va mucho más en la exploración de la sobrehumanación final del hombre que en todo el resto del campo de posibilidades que los fundamentos menores, de mera sobrevivencia egoísta, pueden dar de sí.

No hay así ningún aspecto de nuestra historia inteligente, y no simplemente instintiva, gregaria, que no descansa en discernir lo que funda causal o lógicamente ese fenómeno de la actualidad que siempre tenemos ahí delante, o en torno, o en nuestro dentro más recóndito. Aunque siempre también en forma tal que si sólo a lo empírico nos atenemos, haciéndonos ciegos a cuanto hemos sobrepuesto en ello creadoramente, según acredita nuestra memoria histórica (de empresa, sueño, lenguaje o ideal actualizador añadidos al simple "hecho bruto" y material), nos equivocamos torpemente. Pues todo nuestro nada más que "realismo" pragmático no

pasará de ser sino aborto intelectual. La construcción mental más pobre, inútil o destructiva, según los casos. El cúmulo de fabulaciones pseudo-racionales con que ahoga de continuo, a la dramática evolución de nuestra especie, tanta praxis de vuelo corto difundida a cada paso con pretensiones de verdad absoluta.

En definitiva, adonde nuestra inteligencia vendrá a parar, concluido el viaje de su ponerse a distancia, es decir, cuando retornamos a esta “cosa” o hecho que está siendo nuestra sociedad, o la crisis de nuestro tiempo, es a dar (pero ahora ya a mejor luz) con aquello que este mismo escenario nuestro guarda en reserva, como un enigma cifrado cuyo laberinto se nos impone recorrer con tanta inteligencia como pasión audaz. Ya que sólo así nos pondremos en condiciones de añadir algo esencial, faltante hasta ahora, en el curso de la actualización *global* de la autorrealización humana. De ese sobrehumanarse en la acogida recíproca que, paso a paso, época tras época, es lo único que quien sea, o lo que sea (si es que ahí hay alguien o algo que nos tiene presentes), podrá al final pedirnos cuentas a cada uno.

Una noología política no podrá obviar esta objetivación metodológica. Toda nuestra intelección del hombre, del “hecho antrópico”, incluidas sus construcciones y ficciones a lo largo del devenir histórico, y más en concreto su presente versión política e internacional, viene a quedar así necesaria o constitutivamente suspendida del ideal, del modo (o el conflicto de modos) de soñar el mundo que ha engendrado a este “nuestro mundo”.

Una mínima voluntad de verdad exigirá que nuestra intelección rigurosa de lo que somos, y lo que nos pasa, tenga en cuenta ese conjunto de los sueños actualizadores que se han cristalizado o petrificado en este mundo material y vital que científico-técnicamente hemos llegado a dominar ahora, hasta cierto punto. En el cual se incluyen nuestras sociedades y culturas en presencia y semi-fusión a escala planetaria. Lo mismo que en él se siguen incluyendo los modos de actualización (en general ya muy empobrecidos) que exploraron gozosamente y a tientas, en tensa y dramática aventura descubridora, los mismos imaginarios religiosos y secularizados de cuyos devaluados manantiales aún disponemos.

Pero aquí nos queda por profundizar todavía algo en lo que todo el planteamiento anterior desemboca, a mi juicio. Se trata del tema ya clásico que distingue el “sí” y el “no” de toda actualización que nuestra inteligencia (siempre *sentiente*, desde las cosas) se hace capaz de percibir. Aquí considero que alcanza toda su significación capital el juego intelectual que

nos lleva desde la cosa real allende ella en su profundidad, hasta el fundamento que la está fundando. Aunque tengamos que adentrarnos ya en este terreno por nuestra cuenta y riesgo, es decir, penetrando en profundidad allende el “hecho-Zubiri” mismo.

Sería el caso que el “sí” y el “no” de cuanto inteligimos y hemos partido, efectivamente, está consistiendo en el doble momento según el cual afirmamos lo ya conocido, pero no para quedarnos en el dato o en lo dado, sino con vistas a penetrarlo, a escuchar lo que nos dice: hasta dar con un esbozo razonable de su fondo recóndito, revelador del “de suyo” o lo propio de su enigmática presencia.

Pues bien, lo que en esa penetración descubrimos pienso que es un proceso de fases sucesivas, las cuales nos van abriendo en profundidad a nuestro consabido triple horizonte de “allendes”: el material, el ideal y el que en otras ocasiones hemos llamado absoluto: lo que se suelta de toda “realidad”. Sólo que ahora estaríamos concibiendo así la propia realidad inteligida como algo mucho más complejo que una simple mónada atómica o individualizada. Pues lo que estamos actualizando no admite ser menos que una sustantividad en la cual quedan retenidos, del caos del origen, sendos pares de fuerzas polarizadamente tensadoras, que nos muestran dos caras de tal sustantividad: lo que de ella se afirma, y a la vez lo que niega lo afirmado.

Con Zubiri (y con Heráclito), no se trata de dialéctica alguna sino de una tensionalidad polar y constante, que sin cesar nos está forzando a elegir libremente, sobreponiéndonos a todo determinismo, aquello que ambos modos de posibilitación de lo real nos están realmente posibilitando construir. Son estos pares de fuerzas, (insistamos, polarmente inseparables) los que inexorablemente nos están impeliendo, sin reposo posible, unas veces a elegir entre el “sí” o el “no” de lo positivamente afirmado en el suceso real, otras veces a preferir sencillamente la proporción en que nuestro sueño ideal elige mezclarlos. Situación que nos compromete a reflexionar siempre, y a actuar después en consecuencia, cuando tratamos de diseñar la estrategia que permita a nuestra empresa (a lo que hemos emprendido) salir adelante en medio de la maraña de antagonismos o conflictos en que hemos venido a luz.

El “hecho antrópico” se decanta así, constitutivamente, esto es, “de suyo” (siempre que nos proponemos objetivarlo en una cierta dirección entre las posibles, y concretamente en toda situación política, a escala nacional o internacional), en una relación bipolar. La que mira simultáneamente

manente al “sí” de lo afirmado en cuanto *arjé* o principio áρχico, la misma que rige la representación en torno del “teatro del mundo”; y la referencia a su “no”, a lo que su fundamento aún guarda de no actualizado todavía en lo que recibimos del pasado.

En otras palabras, la una, la relación áρχica, vendría a ser el vertical vínculo que conecta el “poder de los pocos” (la “olig-arquía” clásica) con el cuerpo del común, los actores sociales habitualmente hechos súbditos que obedecen al poder, ley o autoridad “jer-áرخica” imperante. En tanto que la otra alternativa, la relación comunal, sería el vínculo horizontal que une a la totalidad humana congregada, a todos los “comuneros”, en el fundamento que los mancomuna, en su *demos* libre y democrático, “sin *arjé*”; en lo que tendría que ser su vida no escindida, no esquizada todavía en clases: su humana vida esencial, de cooperación, solidaridad, ayuda mutua o acogida recíproca.

Es a posteriori cuando se da la situación “hobbesiana”, de escisión de la comunalidad de base, de antagonización y radical no complementariedad entre el “sí” del *arjé* de las elites y el “no” resistente del comunismo siempre subyacente y sustantivo. Una situación no saludable, morbosa, que ha agigantado en las sociedades modernas de inspiración eurocéntrica su singular poder (ideológicamente individualista) de las elites. Fueran estas absolutistas, ilustradas o capitalistas. Pero teniendo todas ellas en común el extremismo violento de afirmarse a costa de una implacable y continua “desamortización” anticomunal.

Son ambas fuerzas, elites y mancomún político, las que vienen sub-tensando desde el tiempo medieval toda la historia de Occidente; ambas han generado sus respectivos patrimonios espirituales e ideales filosóficos, culturales y estructuradores, sus herencias, tradiciones y porhaceres o dinamismos más característicos. Pero lo que es mucho más decisivo, y más grave casi siempre, ambas fuerzas y tradiciones de Occidente han determinado de manera radical, para bien y para mal, la irreversible influencia de Occidente con las antiguas poblaciones orientales; y en la global, ya presente, de toda la población humana.

Creo que es hora ya de cerrar este largo primer punto estrictamente filosófico y noológico que nuestra reflexión requería, y que temo haya desanimado a más de un lector, dejándole a estas alturas perdido sin remedio en el camino. La verdad es que resulta penoso que algo tan humano como es el ejercicio de la inteligencia pensante, no sea más común, o mejor cultivado. Aunque me consuelo dando por supuesto que

pese a todos los pesares, la densidad respectiva entre quienes hoy cultivan la inteligencia creadora y estratégica, y la multitud de los estancados en el mero despertar específico de nuestra animalidad racional más elemental, sigue arrojando en esta sociedad nuestra el mismísimo balance que en cualquier otro tiempo; y que incluso ha mejorado el promedio notablemente.

Y sería justo aquí donde creo que, al fondo en ebullición de nuestra “gran crisis” o cambio de era, se está acusando más que nunca, una doble actualidad apasionante. De un lado, la presencia de “lo radicalmente otro”, del ab-soluto que constituye la hondura y el horizonte tensionales que liga este inmenso campo de nuestras realidades materiales (las económicas, sin ir más lejos) con el término o polo mutacional de nuestra evolución como especie viva. Por otro lado, la proliferación nacional y mundial de un nuevo tipo de hombres y mujeres rectores, capaces ya de discernir lo que es un mero seguimiento manipulado de lo obvio. Preocupados de los intereses de los otros a los que en realidad se está sirviendo. De la optimización posible de nuestra propia gente, y de la evolución de la especie humana, que aquí y ahora se nos está exigiendo imperativamente.

Consecuencia de ello sería que ahora destaquen más que en cualquier tiempo anterior los fundamentos movilizados por las ocho o diez grandes representaciones del mundo, “cosmovisiones”, o *u-tópoi*, que han hecho la historia humana. (Una de las cuales es ya irreversiblemente la eurocéntrica, madre de la civilización científico-tecnológica, ahora globalizada o mundializada. Y otra la española-hispánica). Representaciones del mundo o grandes “casas-madre” de la humanidad, que tienen que convivir necesariamente con los otros sueños colectivos, los “mínimos de humanidad” circunscritos a etnias y nacionalismos, atenidos estrictamente al buen vivir natural o básico, concebido por cuantos innumerables grupos humanos han poblado sucesivamente, en paz y en guerra a todas horas, los territorios y los mares del planeta.

A este nivel de los sueños del mundo, los globales y los grupales, aquel *fundamento ab-soluto*, independiente de todo determinismo natural, que venimos rastreando, habría demostrado ser “lo ideal del ideal”. La fuente inspiradora de todas nuestras construcciones y ficciones arquetípicas, tanto las que liberan la totalidad y lo mejor del hombre como las minoritarias y siempre respetables que atan al singular campanario de la tribu. En esta contraposición, diríamos, entre macroculturas y miniculturas, lo que resalta, pues, es la importancia que en ambas formas de sociedad

adquiere el factor constitutivo de la sustantividad humana que está siendo nuestra libertad o *ab-solutidad* profunda: este íntimo soltamiento que precisamente caracteriza al hombre respecto de todo lo real en tanto que ello nos determina y obliga.

Es a este nivel donde se nos impone el hecho de que disponemos ahora de formas de cultura, y aún de civilización, que se conciben, piensan, arquetipan y construyen para darle una cierta forma ya consciente, prevista, al resultado final de la evolución humana. Y esto (aunque tenga que ser en general torpemente concebido, e incluso siempre a tientas), lo que está tratando de poner por obra es justo aquello que se entiende sería lo más elevado y valioso del hombre. Una cierta forma de objetivar la experiencia del fundamento ab-soluto, de lo libre y creador, "lo ab-soluto de *la ab-solutidad*" humana misma.

Aquí ni siquiera vale ya, por supuesto, el convencional argumento contra la guerra. Es cierto que los *u-tópoi*, los sueños del mundo *todavía por realizar*, lo mismo los grandes que los menores, se han desenvuelto siempre al mismo paso de la historia de la guerra. Pero se hace necesario construir también, a la altura de nuestro tiempo, una rigurosa reflexión racional que separe cuanto lo que por un lado es la evolución del espíritu creador del hombre, y por otro lo que está siendo (desde nuestra perspectiva humana, no desde la cósmica) su lento despegue del caos de la materia y la animalidad. Es decir, nuestra flagrante inmadurez residual para empezar a ser de veras el constructor de la pacífica y piadosa o benevolente acogida entre todos los humanos, precisamente en cuanto que son distintos.

Porque ante este agudo problema no podemos dejar de tener en cuenta el derroche de valores positivos que en todo tiempo ha generado el heroísmo con que hubo que afrontar la seguridad y la defensa de los pueblos, la estrategia que hasta ahora les ha permitido (cuando tenía éxito), no perecer y abrirse paso en los conflictos. Las cosas nunca son simples. La paz es precisamente el *u-topos* por construir: lo que no hay aún, pero en ello consiste nuestro porhacer fundamental.

Es cierto que el fanatismo y el crimen han protagonizado al menos la mitad de la historia de nuestra especie. Pero no pasa de ser una ingente simpleza pensar que esto, el fanatismo, la crispación antagonista y el crimen, sería lo que han hecho de suyo las concepciones mayores del hombre. Lo mismo se ha manifestado sin cesar en los bandos e intrigas perversas de las concepciones nacionalistas, medianas y menores. O en toda competencia entre creencias e ideologías, espiritualistas o materialistas.

Para no mencionar las carnicerías en que terminan tantas uniones de pareja fracasadas en la vida cotidiana.

Con lo que aquello de lo cual tiene que dar razón una noología política es de toda nuestra estructura y acontecer, desde el punto de vista de la ciudad y los ciudadanos que construyen, sobre el suelo de la realidad, lo que le falta todavía para ser real a esta actualidad o totalidad sustantiva de lo humano. Es decir, cuanto los *u-tópoi*, los sueños del mundo conciben y realizan (o fracasan en su empresa) en tanto que autores y actores de su propia existencia colectiva, política: la material, la ideal y la sobrehumana-dora.

De suerte que nos podemos poner ya, libre y sabia o inteligentemente, en condiciones de inteligir y vencer (lo más racional, rigurosa y estratégicamente posible) los obstáculos o resistencias que ahora encontramos para hacer real lo mejor, como tales hombres y mujeres libres. Más o menos lo mismo que cuantas generaciones, épocas y *u-tópoi* o porhaceres en marcha nos precedieron. Para lo que hay que adiestrarse es para vencer estas concretas resistencias que se están oponiendo aquí y ahora a que salgamos adelante con nuestro empeño de construir lo más noble del hombre. Eso sí, siempre a tientas. Nunca ha habido una sociedad que fuera el centro o el eje de la historia. Las que, como la judía, se han sucedido con tales pretensiones, no bajarán del centenar. Sólo hubo ejes o centros *de época*. Pero lo que sí hay siempre, ante cada vida humana en su realidad política, ante nuestra historia real (la de nuestras cimas y nuestras horas sombrías), es justo lo que nos capacita para hacer esto que como tal época concreta tenemos pendiente.

Quizás todo lo anterior se resuma en lo que ya en otra ocasión tengo advertido. Que el panorama caótico que nos ha dejado al descubierto el problema físico de la anti-materia o la "materia oscura" no es más que el pico del pañuelo en el que están plegados todos los enigmas del "hecho antrópico". Junto a la "materia oscura", en efecto, la cual absorbe y desvanece todo lo que la materia y la luz hacen real en nuestra perspectiva del universo (y su multiverso respectivo), se estaría correspondiendo en la vida humana cuanto somos portadores de "anti-vida" o de "vida oscura", que pasa, enferma y muere.

Del mismo o análogo modo, el inconsciente de nuestra psicología profunda podría no pasar de ser nuestra "conciencia oscura". El error, la trivialidad o la aberración que tan a menudo ciegan el trabajo de nuestro *logos*, no estarían siendo más que la "razón oscura" o la "anti-razón" que

acecha en la inteligencia. El ideal soñado, tal como vivimos acostumbrados a verlo fracasar por doquier, sería la presa cazada por aquello que devora nuestras construcciones sociales, en tanto que tal “sueño oscuro” o “ideal oscuro”. Tantas ruinas de destrucción, de corrupción y crimen como empantanar sin cesar la marcha del hombre, no estarían siendo otra cosa sino los estragos que en lo que tenemos de luminoso deja a su paso el “lobo de hombre” de nuestra cara sombría, la de nuestro patológico, enfermante “ideal oscuro”.

Y la propia *ab-solutidad*, el factor intrínseco humano más recóndito, esto que nos ab-solutece o des-prende de lo material y biológico mismo que nos está posibilitando, en tanto que corre nuestra existencia personal dentro de la existencia terrestre, se estaría abriendo paso costosísimamente a través del muro de nuestra “sombria *anti-ab-solutidad*” o “*ab-solutidad oscura*”; contra-matriz devoradora continua que oscurece todo el proceso ingente de nuestra sobrehumanación. Al cual trata polarmente, como anti-fuerza inexorable, de reducir a mera historia del fanatismo, la indignidad inmisericorde ante el otro, la bestialización, el dogmatismo y la locura.

Nada, por supuesto, que se quede en ninguna semi-mágica fuerza indescifrable, entificada en una condición humana mítica, o conceptual, o abstracta. No consideramos este “anti-lo que somos” (que de continuo y en profundidad nos estaría torciendo), más que en lo que pueda tener de hecho patente según las dos formas sustantivas de nuestra *ab-solutidad* encarnada y socializada. Primero, la de nuestro “libre oscuro”, el interior “contra-libre” de cada uno, que amenaza devorarnos a todas horas, y a la vez, la sustantividad de nuestro *u-topos* (amor, acogida recíproca, mancomún político), inseparable a su vez del respectivo anti-común o “*u-topos* oscuro”, que tan rara vez fracasa en su tenaz empeño de dar en tierra con la también obstinada fuerza que nos impele, desde hace veinte o treinta milenios, a volver a poner en marcha, desastre tras desastre, los mejores sueños de eso para lo que al fin valdrá la pena haber existido.

Valga lo que valiere tal hipótesis (se admite cualquier otra más explicativa), algo así como la “anti-materia” que actúa en el mundo de la materia podría corresponderse con un “no-espíritu” o una “no humanidad”. Concebida no a modo de “espíritu maligno”, sino como inmadurez aún para lo libre, alojada a la sombra del espíritu humano. Sea de ello lo que fuere, nos queda este hecho (cartesianamente indudable) de que estamos fundados en una tensional vorágine, de la cual emerge todo el fenómeno de la libertad y *ab-solutidad* creadora desplegada en la evolución del hombre. Y es

aquel fondo abismal, abismalmente creador, lo que no han sabido ver las construcciones filosóficas de la modernidad eurocéntrica, empantanadas en todas sus formas reduccionistas del naturalismo antropocéntrico o auto-fundamentado: racionalismo, idealismo, materialismo, positivismo, estatismo, nacionalismo.

Un hecho que implica que mientras las montañas de residuos que ha dejado en nuestro entorno esa despótica civilización elitista, burguesa o individualista, no sean apartados al borde del camino, la marcha renovada hacia una genuina democracia, de mancomún político no escindido, no “esquizado” entre el “poder de los pocos” y el sometimiento (con demasiada frecuencia, y ya a escala planetaria, hasta la victimación total) del “común de libres”, seguirá estancada. Es decir, y para empezar, tendrá pocos seguidores la presencia destacada, en el currículo de las ciencias sociales, de una verdadera noología política, científica y sistemática, capaz de investigar un seguimiento riguroso, no de la “libertad” que hoy pretenden imponer las distintas versiones de un pensamiento esclavo del nihilismo o de la abyección más burdas, sino de la sencilla y compleja, sapiencial en definitiva, optimización del hombre.

CRISIS DE LA GLOBALIZACIÓN FRENTE A TRADICIÓN DEMOCRÁTICA

De qué sirve la memoria histórica

La democracia que durante mil años idealizó el hombre hispano

Porque es un hecho, tan fácil (o difícil) de investigar como cualquier otro de la realidad política y cultural, éste de que durante milenios (tantos quizás como los de la propia historia humana), y desde sus primeros asentamientos ibéricos, tartesios, celtíberos, está aquí esta burbuja de fuerza sobrehumanadora de la evolución de la especie que hoy llamamos Iberia o España, madre muy singular de pueblos y de una cierta ruta de la libertad y del espíritu creador.

El hecho de que al principio, esta singularidad territorial y marítima hecha como proa atlántica de Asia, Europa y el África que se remansaban como para adquirir fuerza en el Mediterráneo del mundo “antiguo”, constituyó una especie de Indias, El Dorado o Tierra Prometida que atrajo fascinadamente a los pueblos norteafricanos, desde los más primitivos hasta

los desprendidos de la Mauritania y el Magreb históricos; a los fenicios y del Cartago antiguos, de Israel y el Mediterráneo árabe; de Grecia, Roma y los germanos nórdicos; desde el Bizancio mesopotámico y constantiniano al Islam oriental y andalusí y la Sefarad del esplendor medieval hispano.

Esto es España, cuando se la mira desde su propia altura, levantando bastante la cabeza. Algo así como una fragua ardiente en la que vienen a nacer y forjarse de nuevo un crecido número de etnias y culturas que eran ya entonces producto ilustre de varios milenios de evolución, y de cuya recíproca acogida y descubrimiento se va a encender y expandir después la gran hoguera, ya enteramente moderna, de la civilización hispánica. Una gran hoguera, y pienso que digo bien, donde lo que resplandece, junto con lo sombrío, los modos brutales de la Inquisición europea y pontificia de la época importados a la Monarquía Católica de los dos Austrias mayores, es el crisol insólito (literalmente irresistible, dramático, desbordado) en el que asimismo mueren para nacer de nuevo cuantos antecedentes universales conjuntados se dieron cita en nuestro Renacimiento plateresco, mozárabe, mudéjar y sinagoga. Esto es, lo que los españoles de hoy seguimos conociendo como nuestra Edad de Oro por excelencia.

El tiempo en que la gran aventura de la Modernidad originaria del hombre, la que se mundializó en castellano, creó con el Nuevo Mundo y los Tiempos Modernos la cara espiritual, de “evangelidad” estricta, política y civilizadora soñada, de la cual ahora, en la hora de la mundialización irreversible, seguimos viviendo hoy, y construyéndolo todo, como la enorme Arca o Casa Madre histórica del hombre nuevo, el hijo de Occidente y Oriente.

De aquí tiene que partir, y ni un metro más abajo, la marca de la inundación adonde alcanzó lo que ahora ha visto bien el economista argentino Aldo Ferrer que fue la Primera Globalidad, abarcadora del planeta entero. Quiero decir que fuera de este cuadro, diseñado probablemente con más acierto (o al menos con mucho más dato histórico pormenorizado) del que yo puedo permitirme ahora, no cabe formular ningún juicio verdadero, fiable, acerca del campo de posibilidades real que en estos momentos tenemos a nuestra disposición las mujeres y los hombres que hoy poblamos todas las patrias o las unamunianas “matrias”, hispánicas. Las venerables y tan diversas Españas, grandes y menores (las entrañables “patrias chicas” de siempre), que hoy se apiñan en lo que no admite ser conocido en menos que una Nueva Hispanidad. La que nosotros todos, españoles múl-

tiples, y españoles de ultramar, seamos capaces de soñar y forjar ahora, con este milenio nuevo que se nos ha concedido por delante.

El hecho del que partimos

La crisis de la democracia en el mundo eurocéntrico y en el iberoamericano

Por conveniencias del guión he alterado algo el orden lógico de las secuencias que reclama un buen método. Porque lo primero que hice ha sido ponerme a distancia del hecho de nuestra sociedad en crisis, que es lo que teníamos delante. Pero omití hasta ahora el primer paso: precisar concretamente el hecho mismo. Y en forma sinóptica, la indispensable para suscitar la reflexión, e incluso dejar planteado un debate de ideas más amplio: el que nos pueda conducir a la creación de un escenario nuevo. Es lo que tenemos por advertir ahora.

Lo que investigamos en concreto, como tal hecho eminente de nuestro tiempo, es la crisis de la democracia. Un fenómeno en el que un español, o un hispano, lo primero que tenemos por caracterizar es aquello que la democracia significa para nosotros, distinguiéndolo de lo que significó para el mundo eurocéntrico, esto es, el que viene mirando como centro o eje de la modernidad y de nuestro propio siglo a la sociedad integrada básicamente por los anglosajones Reino Unido y Estados Unidos, los países germánicos, más Francia e Italia, y los grupos de naciones periféricas de cultura europea, al este del continente y en ultramar. En ese escenario salta a la vista que una ha sido la historia de la democracia, desde las cortes castellanas y aragonesas, y la abortada revolución comunera cuyo origen se sitúa a finales de la Edad Media, antecediendo alrededor de un siglo a la Carta Magna inglesa. Y otra la historia de la democracia de esa Europa-eje, a partir de la revolución inglesa y la Ilustración-Aufklärung, con sus conocidos rasgos burgueses, censitarios, racionalistas, individualistas y reformistas.

Hemos de tener en cuenta que lo que venimos caracterizando como revolución hispánica, acontecida durante el Siglo XX, y en cuya última fase nos encontramos, comienza con la resistencia popular a las desamortizaciones o grandes confiscaciones anticomunales de mediados del Siglo XIX, por medio de las cuales en España, igual que en las nuevas naciones hispanas de América, los gobiernos ideológicos de entonces tratan de crear a marchas forzadas nuestras burguesías tardías. En este punto se entre-

mezclan dos tradiciones antagónicas: la comunal y municipalista, frente a la oligárquica, señorial o terrateniente, que se va afianzando en la sociedad indiana pese a todos los desvelos jurídicos y de gobierno por evitarlo (muy mitigados ya en el Siglo XVIII). Se distinguen en este fenómeno dos grandes períodos. Uno es el de la constitución comunal española: el medieval cristiano-andalusí-sefardí. El otro, el moderno de su ingente expansión cristiano-indiana. A ambos les sucede el período cristiano-secularizado de la revolución, en cuyo curso mutacionalmente rehabilitador nos encontramos.

El marco de referencia que acabamos de esbozar tiene la virtud de poder explicar no sólo las estructuras y conflictos sociales, económicos y políticos del fenómeno “comunalismo popular” frente al “anticomunalismo oligárquico y burgués”, tal como hemos señalado, sino también la base en que se asientan los contenidos y dinamismos que presentan al mismo tiempo nuestra lengua, religión y cultura, diferenciándonos cada vez más radicalmente de los países de nuestro entorno eurocéntrico.

Y es aquí donde cobra todo su valor la diferenciación fundamental que ya tenemos bien conceptuada entre nuestros dos regímenes siempre sobrepuestos, de fermentos frente a elites. Así como la necesidad constante de regenerar el sesgo oligarquizador que amenaza de continuo a nuestra sociedad, por medio de los procedimientos de desconfiscación comunal que nos permitan una redistribución, también sistemática, de nuestro sistema de clases sociales

Por qué hemos venido a escena

La reactualización ideal de un modelo comunal de democracia

Hoy hay dos globalizaciones en marcha. Una, la del mercado como sustitutivo de la sociedad política y del Estado. Otra, la de la optimización o sobrehumanación del hombre. No son antagónicas. Todo lo contrario. Esto hay que afirmarlo enérgicamente; al menos, si no se quiere contribuir al neo-caos del nihilismo estúpido, destructivo, que hace acto de aparición en toda crisis grave de crecimiento colectivo. Pero quizás en uno de estos dos procesos de globalización, aparentemente contrapuestos, le vaya bastante más a la evolución humana que en el otro.

Porque uno, el material y científico-tecnológico, tiene un valor instrumental indispensable. Pero el otro, el ideal, liberador, ab-solutecedor y mancomunador, es el único que responde de lleno a la pregunta de para

qué hemos venido a escena. O al menos, cabe exigir que ya no se dé en adelante un sólo paso que priorice nuestro desarrollo material (repiteámoslo siempre: indispensable, constitutivo) sobre el espiritual o esencialmente humano. Procurando, claro está, que en nuestras opciones más altas no se nos cuelen más de rondón, o disfrazadas, como siempre ha sido, las opciones peores. Para eso hemos crecido ya en racionalidad verdadera, razonable. Y para eso es para lo que nos hace falta más y mejor democracia. Aunque, eso sí, cada cual la suya.

Porque el nuevo modelo de democracia que nosotros necesitamos no se puede pasar con menos que con una entera y bien cultivada memoria histórica y de nuestra concepción del hombre libre en los grupos libres; una inteligente actualización de la teoría clásica de la comunidad política; un sistema continuo de redistribución del poder, así como de la propiedad y los recursos, el pleno empleo comunal y la desaparición de la miseria y el hambre; una potenciación de la acción de los fermentos humanizadores y debilitamiento consiguiente de las elites de poderosos; mas un ancho campo, abierto siempre, de iniciativa para la regeneración de las estructuras de convivencia.